

Tierra de Campos, David Trueba

(Barcelona, Círculo de Lectores, 2017)

Elegí guitarra para no estar con él. Y el jueves siguiente di la primera clase a las seis y media. Le dije a mi madre que iba a hacer los deberes a casa de Villacañas. Ella le tenía cariño a Villacañas porque cometía errores al hablar y decía cocletas en lugar de croquetas y me se y te se. Me se ha caído un diente, te se nota que estás mintiendo, decía. A mi madre le gustaba pensar que yo le ayudaba a ser una persona más civilizada, pero era imposible que Villacañas se civilizara. Dos años después dejé de tratarlo porque esnifaba cola de carpintero en los baños del colegio. Pero si quería ir a su casa, o fingir que iba a su casa como aquella tarde, bastaba con que le contara a mi madre algo de él, ¿sabes lo que dice el muy bruto?, que no se dice tijeras sino estijeras. Tú ayúdale, recuerda siempre que no todo el mundo ha tenido las mismas oportunidades que tú, me reconvenía mi madre.

(pág. 51)

Y el pueblo se hará nuevo cada año, recitó Javier, el sacerdote. El poema de Juan Ramón me recordó mis tiempos entregados a leer poetas españoles en busca del secreto de la rima, cuando luchaba por domar la métrica, que en inglés es tan fácil con sus monosílabos up, down, shot, rush, love y find, pero que en español son palabras indómitas llenas de crujidos y requiebros, arriba, abajo, disparo, deprisa, amor y descubrimiento.

(pág. 266)